«Nuestras selecciones»

Sin fe de erratas

De su paso en el mundo arrepentido
trazara nueva senda a su carrera
el mortal, que la dicha consiguiera
de volver otra vez a ser nacido

Sin poder sepultarla en el olvido,
la visión del pasado desespera;
y no llega jamás la edad primera
ni las horas que rápidas se han ido.

El *Eterno* en autores nos convierte
y en el libro del *Tiempo*, referida
dejamos nuestra historia; de tal suerte

que no la vemos nunca corregida;
pone *Fin* la llegada de la muerte
y va con las *erratas* de la vida:

JOSE R. GUTIERREZ

Pensamiento

La muerte será siempre el momento más sublime de la vida, con su grandeza sombría, con sus misterios profundos, con sus inmensos problemas, con sus desesperadas esperanzas.

En pleno día, con cielo despejado, vemos claramente cuanto nos rodea; los objetos tienen sus contornos, su forma y su color; por hermosos que sean, son lo que son, y no son más.

En cambio, mirando por el agujero negro de la sepultura, no se ve nada, pero se puede suponer todo; es un abismo infinito de tinieblas, pero el alma humana protesta con trágica desesperación diciendo: «¿Por qué ha de haber un abismo sin fondo, de negruras, y no ha de haber por encima en abismo infinito de luz? ¿Qué privilegio tiene lo negro sobre lo luminoso, para que lo negro no tenga barreras, sino que allá se extiende sin término por el espacio y por el tiempo, y tenga barreras mezquinas y brutales todo lo que brilla, todo lo que piensa y todo lo que ama?»

En Noviembre

Para esas fosas pobres
Que sólo cubren las silvestres hiervas,
Con cruces desgajadas por el Tiempo,
Que todo en ruinas a su paso deja;
Para esas fosas solas
Donde extiende sus alas la Tristeza,
Donde sólo se escuchan los rumores
Del cierzo que en las frondas aletea;
Para esas fosas mustias
Donde la vana pompa y la soberbia
No dejan ni festones ni guirnaldas,
Ni búcaros cuajados de azucenas,
Para esas fosas teje
Mi Musa, con las flores de su selva,
Esta humilde corona humecida
Con lágrimas sentidas y sinceras.

LISIMACO CHAVARRIA

LA GRAN MISERICORDIOSA

. . . . . .

Soy más poderosa que todos los reyes juntos, y me complazco en derribar coronas y en romper cetros cuyos pedazos hago rodar por el polvo.—Para los soberbios soy rayo aniquilador; para los humildes, para los que sufren, soy hada bienhechora que desciende hasta ellos para enjugar sus lágrimas y a poner fin a sus infortunios.

Mis mensajeros son incontables, mis legiones son invisibles e infinitas, y se pasean vencedoras por el aire y por la tierra, por el agua y por el fuego.

En las batallas soy la que casi siempre decido la victoria, y a mis pies caen rotas las espadas de los más esforzados guerreros.

Soy hija del caos y de la nada, en mis entrañas se agita la encarnación del abismo, y en mi semblante se refleja la pavorosa idea de lo desconocido.

La sabia Naturaleza crea, y yo destruyo, o mejor dicho transformo. He aquí mi poder.

No reconozco categorías; mi rasero es uno solo, mi nivel es absolutamente parejo. En mi reino no hay opresores ni oprimidos, ni poderosos ni miserables, ni ricos ni pobres. Allí todo es igualdad, pero la igualdad llevada al sumo grado de la perfección; y si las naciones fuesen más justas, mi imagen estaría grabada en sus estandartes como símbolo de la democracia.

Soy la protectora de todos los que en el naufragio de la vida son arrojados por el destino.

Yo rompo las cadenas de los esclavos, y libro a los pueblos de los tiranos, porque estos no pueden nada contra mí.

Yo también—¡asómbrate de mi poder!—descendí al Calvario, besé la augusta frente de Jesús, y la cabeza del Sublime Mártir se doblegó para siempre!

En mis regazos ha de dormir dulcemente la humanidad entera.

Yo soy la gran misericordiosa; yo soy la muerte.

Pedro P. Argüello

La tranquilidad de lo muertos y la muda quietud de las tumbas, ha sido alterada:-la vanidad humana,—torpe e ignorante,—así lo ha querido....—Gerardo Vega C.

La ciudad de San José, nuestro amable rinconcito de patria donde moran los afectos lejanos y presentes, es en el día de difuntos una imitación de las grandes ciudades donde ese lapso de meditación en el largo trascurso de la vida, es para reir y distraerse con profusión de entusiasmo, paseando las ataviadas figuras de las gentes por la extensa y musgosa avenida de Las Pilas.

Se va a la mansión de los que fueron con el mismo lujo con que se asiste a los conciertos de los parques: a lucir trajes, donaires y flamantes ceremonias. Eso del arreglo humilde ante las tumbas, de las lágrimas a pupila dilatada, del ténue musitar entre sollozos que son un salmo, bueno está para los pueblos que no se exponen a la burla sintiendo la palpitación del alma.

Las mismas coronas funerarias del año pasado lucen rutinariamente en las lápidas con artificios de capricho, con opulencia grande, como si la profusión de los encantos hiciera detener su labor a los gusanos corroedores. Las anclas, las coronas y las cruces más valiosas o que tengan el sello del mejor florista, esas ganan en el concurso de la admiración el más alto título de «gloria» para los difuntos, que se pudren en la caja sin darse cuenta de lo que afuera sucede.

A pie como lo obliga la humildad y porque es peligroso ir en tranvías y coches repletos—riesgo de infección y de pudores, de crítica y vanidad,—nos encaminamos el dos de noviembre a la necrópolis josefina, por no desdeñar la tradicional costumbre.

Las gentes mascu-femeninas rondan por las callejuelas húmedas de los cementerios, leen epitafios censurando la incorrección de algunos, loan la floricultura artificial porque es más costosa y pasan indiferentes por delante de las bóvedas inhabitadas que con sus lúgubres cavidades de ladrillo parecen decir con sorna de venganza: «Tú caerás».

*

Y así pasa el día de los muertos entre fatuidades y artificios. Y con el sol del mediodía se marchita un puñado de florecillas silvestres que una joven—hermosa como las amapolas de su pueblo y humilde como su vestidura de zaraza y sus zapatillas de becerro—regara en estilo desordenado sobre la fosa de una anciana.

Vayan las buenas campesinas a llevar mosquetas y madreselvas a sus sencillos cementerios, impregnados de amor y de alma; a sus cementerios olorosos a zauco y albahaca, que aquí en la ciudad fastuosa aquellos perfumes cayeron en desuso con los coloreantes claveles de papel o de trapo que «saturan mejor» las coronas de metal.

EL DIA DE LOS MUERTOS

El aire frío del mes de noviembre parece que trae entre sus hondas la propiedad de impregnar nuestro sistema nervioso de cierta dulce melancolía, tenue, profunda, desfallecedora, pero intensamente saludable a la vida del corazón.

Los encantos de cierta clase de tristeza hacen al alma mucho más bien que esas locas, mordientes palpitaciones de frenética e inusitada alegría. No cabe duda: las estaciones del año se reflejan con maravillosa exactitud sobre el alma humana. Y hasta cada mes le imprime a nuestro espíritu cierto carácter y tinte especial en perfecta consonancia con el aspecto que la naturaleza tiene en ese período del año. El mes de noviembre, el del agradable y delicioso frío, el de las dulces brisas otoñales, es para nuestra alma el de la melancolía, el de las encantadoras y profundas tristezas.

. . . . . .

No despierta noviembre como abril, entre coronas de rocío, ni como mayo, en el regazo de las flores; su áurora nace en el campo sagrado de las tumbas y de las blancas lápidas de mármol.—Los primeros rayos del amanecer de noviembre van a quebrarse sobre las cruces de hierro del cementerio; a iluminar los solitarios nombres de las silenciosas tumbas. El cementerio principia a engalanarse desde que comienza a clarear la aurora; engalanarse, sí,—porque también los muertos tienen sus galas.—¿Cuáles son ellas? Para los niños y las vírgenes, blancas coronas, así, del color que tenía su alma cuando se desprendió de la opaca materia.—Para los demás, guirnaldas de siempre-vivas, flores amarillas, crespones negros. Es decir, adornos del color de la melancolía, del color con que se tiñe nuestra alma cuando la tristeza la invade y el pesar la abruma. Por eso el color de este día es tan pálido y tan huraño.

. . . . . .

Rafael Spínola

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.